

LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL Y EL FENOMENO REVOLUCIONARIO

POR

RAFAEL ORTÍN LÓPEZ (*)

Habitualmente se habla del fenómeno revolucionario refiriéndose a cambios en el orden social o, más restringidamente, al ataque marxista contra todo orden social.

Personalmente definiré al fenómeno revolucionario como «lo que se opone y alza contra todo lo que se dice Dios o es religioso» (II Tes., 2,4) y, así, la Revolución intenta suplantar un orden social inspirado por la Iglesia católica, transido de exigencias caritativas, por un orden social que trata de estar fundado en la sola razón humana y cuyo devenir ha sido progresivamente nihilista.

Describo así, con S. S. Pío XII, tres etapas de la Revolución: «primero, ¡Cristo sí, Iglesia no!; después, ¡Dios sí, Cristo no! Finalmente, el grito impío: ¡Dios ha muerto! y basta, ¡Dios jamás existió!» (*Alocución a la Unión de Hombres de la A. C. I.*, 12 de octubre de 1952).

Esta definición, mirada superficialmente, parecería hacer consistir la Revolución en una acción contra la Iglesia o una posición atea, antirreligiosa. Pero es que estas etapas tienen una traducción social, pues ir contra la Iglesia hace desaparecer toda autoridad espiritual y así se deificará al poder. Ir contra Jesucristo es suprimir todo destino humano más allá de lo terrenal y así se consagrará la conquista de los bienes de este mundo. Ir contra Dios supone dejar de lado toda posibilidad de una normativa moral y quitar el fundamento real de la fraternidad humana: llegamos así a la lucha permanente entre los hombres. Ya lo dijo G. K. Chesterton: «quitad lo sobrenatural y sólo quedará lo antinatural».

Los medios de comunicación social son instrumentos que desde su nacimiento pretendieron ser medios de información objetiva y fueron casi siempre vehículos de ideologías; como todos los instrumentos pueden ser bien o mal usados. La Revolución siempre vio la posibilidad de utilizar estos medios para propagarse y acceder rápidamente al poder, pero en el último medio siglo ha cambiado un poco de táctica y, así, busca ahora una transformación revolucionaria de las pautas socioculturales como camino para vencer las resistencias previamente a su acceso al poder. Los revolucionarios han ido apoderándose de todos los re-

(*) Agradezco la colaboración de María Consuelo de Avila.

sortes sociales capaces de formar la inteligencia de los hombres y, de este modo, convertirse en la nueva aristocracia del pensamiento, hoy signo claramente marxista, ayer de signo liberalista.

La transformación económica ha traído un importante cambio social: la masificación. Esta ha venido, en parte, por la misma producción industrial y, en parte, por el paso de la sociedad primordialmente de tipo rural a la concentración, en las grandes ciudades; lo que, a su vez, ha debilitado considerablemente los lazos familiares, mermándose así el valor educativo que tenía la familia. De esta forma, los medios de comunicación social han adquirido un gran papel educativo, en primerísimo lugar la televisión; y al ser estos medios de comunicación social infiltrados por los revolucionarios, se han transformado en medios de dirección del pensamiento y manipulación de situaciones, contribuyendo a una mayor masificación. La televisión, por su situación hogareña y por la magia de la movilidad de la imagen y la sugestión del color, asume el papel de un nuevo paterfamilias que no sólo nos dice a diario lo que tenemos que comprar y usar, sino lo que debemos de pensar y cómo debemos actuar. Hago hincapié en la televisión por su extensión y por su capacidad de llegar a zonas profundas del psiquismo, prescindiendo, en general, de inducir un juicio crítico. Pero no debemos olvidar, en segundo lugar, al cine; después a la radio y, ya menos, a la prensa, porque lo escrito, para muchos, trae consigo el penoso deber de leer e interpretar. Es de destacar que los pediatras recomiendan que el niño no vea más de dos horas de televisión al día para mantener un adecuado equilibrio psíquico.

Pero dejando un poco lo social, quiero referirme especialmente a un campo en el que la Revolución está entablando actualmente su más importante batalla, que es llevar la dialéctica revolucionaria al interior de la persona, o sea, a potenciar la rebelión de los sentidos y los instintos contra las partes más elevadas de la psique humana: la inteligencia y la voluntad. Asistimos hoy a la decadencia de la inteligencia por vía de la revolución psicosexual. Centraré aquí mi exposición por la actualidad del tema y por su importancia en la destrucción de la familia.

Los medios de comunicación social y la sexualidad.

El sexo es uno de los temas importantes, presente cada día en los medios de comunicación social. El desnudo, los estímulos eróticos, etc., son medios habituales en la publicidad comercial, que se ha convertido en pura pornografía; la prensa, la televisión,

la publicidad callejera, el teatro, cine o videos han implantado sus formas eróticas para atraer, manipular e influir al público, lector o espectador, de una manera tenaz y nociva, llegando —cosa muy grave— a influir en la formación de los jóvenes.

Detrás de las películas «de alcoba» han llegado las películas eufémicamente clasificadas «S», las salas «X» y la pornografía «refinada»; en los teatros, actores y actrices recitan su papel desnudos; en los kioscos se exhiben y venden las revistas más pornográficas. Según encuestas realizadas en estudios de sexualidad, entre 50 obras de teatro elegidas en un período neutro, 38 estaban relacionadas con el sexo y el adulterio; en el cine, de 100 películas exhibidas en locales comerciales de Madrid, 51 trataban temas relacionados con el sexo, adulterios, conflictos conyugales o paternofiliales. Y el 49 % restante lo hacía en sentido menos descarado.

Un factor importante que predispone al cambio en los valores acerca de la sexualidad es la prensa, especialmente la llamada «prensa del corazón», revistas no expresamente pornográficas pero que, entre otros temas, traen referencias al matrimonio y vida familiar de conocidos personajes nacionales y extranjeros con matiz escandaloso y sensacionalista; o traen los rumores de separación entre conocidas figuras o descubrimientos de hijos naturales, todo acompañado de fotografías muy ilustrativas. Leemos también las actuales «memorias» de algunos personajes y personajillos contando intimidades más o menos ciertas, vendidas a tanto la línea, o nos cuentan las últimas «uniones sentimentales» que no son otra cosa que adulterios o concubinatos, constituyendo todo ello un grave ataque a la permanencia de la célula familiar, al igual que la información equívoca respecto a «divorcios», a la indisolubilidad matrimonial y a la mediación del factor económico para lograr ésta. Nuevamente es la juventud la receptora de esta influencia deformadora.

¿Quién se opone a que esto sea una realidad, a que la difusión de una mal entendida sexualidad llegue a los jóvenes y al hogar?

Se pueden contar con los dedos de la mano los periódicos nacionales que han dicho NO a la publicidad llamada de liberación sexual o claramente pornográfica. Incluso periódicos llamados «de derechas» aceptan publicidad de prostitución, cosa que también se encuentra en la mayoría de periódicos provinciales o regionales, de antigua tradición conservadora y religiosa. Se da también el caso de revistas que alcanzaron su popularidad y su crecida tirada al ofrecer en cada número páginas escanda-

losamente pornográficas, cosa por lo visto aceptada por firmas «prestigiosas» que colaboran en esas publicaciones sin inconveniente alguno, y son respaldadas económicamente por la publicidad de marcas comerciales serias, muy capitalistas, a las que más que el contenido de la revista les importa que se venda.

El sexo se ha convertido en tema obsesivo; al igual que en el siglo XIX el capitalismo desarrolló la práctica de la prostitución, la sociedad de nuestros días va impregnándolo todo de erotismo valiéndose de los medios de comunicación social. La sexualidad se ha convertido en un valor de mercado, cuyo cultivo más sistemático es la pornografía, que no es cosa nueva, pues siempre han existido aquellos que buscan excitar los instintos humanos en contra de la razón. Pero la tecnología le ha hecho adquirir grandes dimensiones, potenciado su impacto por la organización de poderosos intereses comerciales que elaboran con lo erótico y lo pornográfico un artículo de consumo cada día más rentable. De este modo, curiosamente, el capitalismo contribuye con la intención de ciertos movimientos que confían en la corrupción de las costumbres como punto de apoyo para la subversión social, con la complicidad de nuestra propia cobardía, pues tememos que nos llamen retrógrados si no aceptamos las doctrinas antitradicionalistas; creándose así un ambiente de apatía en los responsables de la moral de la sociedad española, que parece incapaz de reaccionar ante provocaciones en contra de sus mejores y tradicionales costumbres.

El cine y la televisión, por poseer imagen móvil, influyen más en el espectador; la imagen llega más que la palabra y permanece en la gente más tiempo, sobre todo cuando apela a nuestras esferas afectivas. Estos dos medios ejercen el mayor poder persuasivo; en primer lugar, por su difusión y, en segundo, porque imagen y sonido son manejados para adquirir mayor poder manipulador en el espectador, receptor pasivo de estos sistemas que eliminan en lo posible toda especulación intelectual, presentando las ideas ya digeridas o dejando que sea la fantasía y no la razón del sujeto quien añada detalles, todo ello según el propósito del director.

Las series americanas, con el divorcio, el sexo y el adulterio como ingrediente fundamental fueron las primeras que hicieron su aparición en las pantallas, pero las series y películas españolas, para nuestra desgracia, las han superado, son más obscenas y morbosas que las extranjeras, llegando a contemplar en nuestras casas escenas de «hacer el amor» sin tapujos, con la púdica observación de la conveniencia de no verla menores. Y,

hablando de menores, hay que agregar la actual obsesión por una pedagogía sexual precoz, que busca «desculpabilizar» todo tipo de expresión sexual; ya hay manuales de sexualidad para uso de niños de siete a diez años que constituyen una verdadera corrupción de menores.

La emancipación sexual que estos medios propagan viene a provocar una regresión y una frustración en el campo de la sexualidad, fenómeno ya constatado en otras naciones, y el peligro es tanto mayor cuanto más jóvenes son las víctimas, pues el objetivo es sustituir la moral o, peor aún, anular los llamados de la conciencia, de la ley natural impresa en cada individuo. Prensa, radio, televisión o cine presentan situaciones o interpretaciones de vida falsas, apelando a casos extremos o generalizando sobre casos excepcionales, con lo que van sustituyendo el juicio crítico personal por las modas, costumbres y corrientes de opinión que contribuyen a la moderna masificación, que es lo mismo que decir que provocan la idiotización colectiva necesaria para el advenimiento de la gran tiranía universal.

Posibles soluciones.

Resulta evidente que hoy el combate consiste en esclarecer las ideas y por eso nuestra tarea debe ser cultural y de difusión cultural. También es evidente que hay que lograr generar una resistencia contra los medios de comunicación social en manos de los revolucionarios y potenciar —por todos los medios— a los que defienden nuestra tradición católica. Debemos, pues, contribuir a difundir las revistas y periódicos católicos no infiltrados; lamentablemente hoy tenemos que discriminar dentro de los sectores eclesiales y recordar las palabras: «...el que conmigo no recoge, derrama» (*Lc.*, 11,23). Sería deseable que emisoras y prensa católica lo fueran, ya que muchas veces no difieren de las no católicas.

Es recomendable practicar un sano silencio en medio del aluvión informativo, pues es una gran defensa para el orden interior. Recuerdo una anécdota contada en el transcurso de unos ejercicios de San Ignacio sobre un sacerdote francés sometido a lavado de cerebro por los vietcong; cuando fue liberado pasó las líneas cantando la Internacional. Volvió a la normalidad con una simple cura de silencio.

Para resumir en una frase, debemos vencer al mal a fuerza de bien; frente a la poesía que destruye, levantar la poesía que promete.